

Estado, poder y libertad: lecciones e implicaciones del camino por el corredor estrecho

Manuel Montobbio



Estado, poder y libertad: lecciones e implicaciones del camino por el corredor estrecho

Manuel Montobbio | Diplomático, doctor en Ciencias Políticas y autor del libro “Ideas chinas. El ascenso global de China y la Teoría de las Relaciones Internacionales”, coeditado por Icaria Editorial y el Real Instituto Elcano (2017) | @ManuelMontobbio 

Índice

Sinopsis	3
(1) De la libertad y del Leviatán	4
(2) Explicar el mundo: recorriendo el corredor	7
(3) El corredor y sus preguntas	14
Construir la libertad, abrir universales	15
Del Estado, los derechos humanos, la democracia y la libertad ante los retos del COVID-19.....	16
De la tentación populista	16
De la construcción del orden internacional y la gobernanza global	17
De la construcción europea	19
De la reformulación de la Teoría en las Ciencias Sociales, especialmente en la Ciencia Política y las teorías de la democracia y el cambio político.....	20
Ciudadanía y libertad.....	21
Del para qué de la libertad.....	21

Sinopsis

Frente a la concepción de la relación entre poder y libertad como la prolongación en el tiempo de la foto fija del contrato social fundacional del Estado, Daron Acemoğlu y James A. Robinson defienden en *El pasillo estrecho. Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad* (2020) que está siempre en construcción, se desarrolla en clave de película, viene su evolución determinada por la interacción entre el Estado/Leviatán y la sociedad y la jaula de normas por la que ésta se rige, que, en algunos casos, entre el Leviatán despótico y el ausente, permite a la sociedad esposar al Leviatán y avanzar por el corredor estrecho en que la libertad es posible.

Tras analizar la teorización de Acemoğlu y Robinson sobre la libertad y su construcción social, este ensayo acomete con ellos el recorrido por el corredor al que nos invitan, que nos muestra su fundamentación práctica, en la práctica, su utilidad para la explicación y comprensión de fenómenos históricos y realidades presentes. Un recorrido, entre otras cuestiones y casos, por la instauración del Leviatán fruto de la voluntad de poder, como la de Mahoma en Medina y su posterior expansión; la economía fuera del corredor, sea en el Leviatán despótico o en el ausente, y dentro de éste, y sus respectivas implicaciones, potencialidades y consecuencias; las tijeras europeas –conformadas por la confluencia de la cuchilla de la tradición asamblearia y de decisión colegiada de los pueblos germánicos que invadieron el Imperio Romano, y la tradición de Derecho, Estado y autoridad centralizada y organizada y desplegada por el territorio de éste a través de una administración profesionalizada– como clave explicativa de la entrada de las sociedades europeas y su progresivo avance, en un proceso de siglos, por el corredor estrecho de la libertad; la aproximación a las claves explicativas de la ausencia del corredor de China y de la India, fundamentalmente determinadas, respectivamente, por la ausencia de contrapeso del poder de la sociedad frente al del Leviatán, y por la incapacidad de romper la jaula de normas del sistema de castas; la influencia del punto de partida y la trayectoria previa en el efecto de cambios estructurales de la Historia en la entrada, salida o avance en el corredor para cada sociedad; el proceso de esposamiento del Leviatán estadounidense y sus implicaciones y particularidades; la emergencia y conformación del Leviatán de papel –que combina algunas de las características del Leviatán despótico con la debilidad del ausente, represivo y al tiempo débil y debilitador de la sociedad, a menudo fortalecedor de la jaula de normas– en numerosas sociedades poscoloniales de América o África; o el fortalecimiento de la jaula de normas que conlleva su emergencia y fortalecimiento a través de la alianza de la Casa de Saud con Wahhab y su interpretación del islam en la península arábiga y Oriente Medio; los procesos de salida del corredor, como Alemania bajo el nazismo, como Sudáfrica con Mandela, y los factores que los determinan; y los retos que los tiempos inciertos e interesantes que vivimos plantean a nuestro recorrido en el corredor o nuestro camino hacia él.

A la luz de ese planteamiento conceptual y de ese recorrido, se plantea el autor las preguntas de cómo es nuestro Leviatán, qué Leviatán queremos y para qué; de qué sociedad somos, qué sociedad queremos ser para equilibrar a nuestro Leviatán, y con él, junto a él, avanzar hacia el pleno desarrollo de nuestras potencialidades; de cómo organizar nuestra agencia y acción colectiva; de qué contrato social suscribimos en primer lugar con nosotros mismos; de cómo es la jaula de normas en la que estamos encerrados; cuáles las ideas subyacentes y los supuestos implícitos de los que estamos

presos; cómo deconstruirlos y liberarnos de ellos. Y para responderlas nos comparte sus reflexiones sobre la construcción de la libertad y la apertura de universales; el Estado, los derechos humanos, la democracia y la libertad ante los retos del COVID-19; la tentación populista; la construcción del orden internacional y la gobernanza global, y su relación e implicaciones para la libertad en el mundo policéntrico emergente; la construcción europea; la reformulación de la Teoría en las Ciencias Sociales, especialmente en la Ciencia Política y las teorías de la democracia y el cambio político; y sobre ciudadanía y libertad y sobre el para qué de la libertad.

(1) De la libertad y del Leviatán

¿Qué es la libertad? ¿Qué configuración del poder y la sociedad la hace posible? ¿Cómo y por qué surgió el Estado y el sistema político que hizo posible que los seres humanos puedan escribir el argumento de la obra de su vida? ¿Qué nos mantiene en la senda, en los márgenes, el espacio social en que ésta se da, en que puede efectivamente ejercerse? ¿Qué nos puede hacer salir de ella, y en su caso a ella volver?

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida...”. ¿Quién no quiere ese don de los cielos, por el que estamos dispuestos como don Quijote a aventurar la vida? Libertad: anhelo personal, sueño, mito, necesidad del ser humano para realizar su esencia, ser quien realmente quiere y puede llegar a ser, ser y no ser sido. Posibilidad, anhelo y al tiempo miedo, afirmación e interrogante, hilo conductor y *leitmotif* de búsqueda y realización. En la vida y la acción personal, y en la vida y la acción colectiva. Ambición a realizar en la Historia: no se apaga en ella el eco del clamor de “Libertad, Igualdad, Fraternidad” de la Revolución Francesa.

Responde la libertad a una función, una pulsión teleológica; y a otra justificativa, legitimadora. Concebirla, pensarla, nos lleva, necesaria e indisolublemente, a la reflexión y teorización política, a la relación con el poder, su justificación y legitimidad. Poder y libertad, poder para la libertad: su relación se encuentra ya presente en el propio mito fundacional del Estado, los Estados, en que se organiza el poder político sobre el territorio. Poder como monopolio del uso legítimo de la fuerza, al servicio de la aplicación del Derecho. Poder para cuya regulación y uso suscribimos el contrato social, mito fundacional de la vida en sociedad; y abandonamos por ello el estado de naturaleza, que parece indicarnos en su propia denominación que lo natural es la ausencia de tal monopolio. Sea desde el estado de naturaleza del idílico comunismo primitivo rousseauiano, sea desde el de la anarquía hobbesiana del hombre lobo para el hombre y la vida “solitaria, pobre, asquerosa, brutal y corta”, la preservación de la libertad se encuentra presente en el discurso justificativo del paso del estado de naturaleza al contrato social en el que desde entonces vivimos; y pareciera el contrato social, pareciera ello, justificar que, al vivir en él, en libertad, con libertad vivimos. No constituye en relación a la libertad y su realización en la Historia su carácter mitológico, imaginario, ahistórico, el problema que nos plantea fundamentalmente el contrato social; sino el riesgo de que fije una foto en el tiempo, justifique el presente por su origen en el pasado y su repetición, sea en el origen del tiempo fundacional del Estado, sea en el más cercano de la Constitución por la que se rige. Pues la libertad y su construcción social

es un proceso, un camino: existe en cuanto se ejerce, cuando se ejerce; y siempre está en construcción, nunca puede darse por supuesta. No es una foto fija que se proyecta en el tiempo; sino una película cuyas escenas interpretamos en todo momento, todos y cada uno, cada una.

Necesitamos por ello un cambio de perspectiva, de paradigma, de la foto a la película: precisamente el que nos plantean Daron Acemoğlu y James A. Robinson en *El pasillo estrecho. Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad* (2020),¹ desde el contrapunto a Hobbes y su visión del nacimiento y desarrollo del Leviatán, que matizan y completan. Matizan, pues si bien la motivación que origina el surgimiento y aceptación de éste es esa evitación de la anarquía (“*Warre*”) del estado de naturaleza a la que nos referíamos –para la que Hobbes nos señala las vías alternativas del acuerdo o de la imposición, que llevan en su perspectiva al mismo resultado del alumbramiento del que denomina como el monstruo del Libro de Job, que nos dice que “no hay poder en la Tierra comparable al suyo” (Job, 41:24)–, no necesariamente tiene ello por qué ser así, como nos muestra el hecho de que existen sociedades sin Estado –con el “Leviatán ausente”, por utilizar su expresión– que resuelven sus conflictos sin recurrir a la violencia y evitan la anarquía. Ni tampoco tiene necesariamente por qué conllevar el surgimiento y la acción del Leviatán la realización social de la libertad, como nos muestra la realidad del que denominan Leviatán despótico, que “no provee ningún medio a la sociedad y a la gente ordinaria para pronunciarse sobre cómo se usa su poder y capacidad”, en acción en tantas sociedades de las que nos dan ejemplos. Pues hay Leviatanes y Leviatanes, y no es con cualquiera bajo el que se realiza, con quien se realiza, la libertad; sino con aquel equilibrado, restringido, esposado por la sociedad. Respondiendo a Fukuyama, no tiene la Historia necesariamente un único fin, ni camina necesaria e inequívocamente hacia la libertad. Pues el Leviatán es como Jano, y no tiene sólo el rostro que nos describía Hobbes:

“La primera fractura de la tesis de Hobbes es que el Leviatán tiene sólo una cara. Pero en realidad es como Jano. Una cara se parece a la que Hobbes le imaginaba: previene la anarquía, protege a sus súbditos, resuelve justamente los conflictos, provee servicios públicos y ofrece oportunidades económicas; sienta las bases de la prosperidad económica. La otra es despótica y aterradora: silencia a los ciudadanos, es imprevisible a sus deseos. Los domina, los apresa, los mutila, los mata. Roba los frutos de su trabajo y ayuda a otros a hacerlo.”

¿Qué determina el carácter despótico, esposado o ausente del Leviatán? ¿Cómo se le ponen las esposas y se le mantiene esposado en el camino hacia la mejor prestación de servicios y bienestar creciente de la sociedad, el camino que nos aleja de la vida brutal del estado de naturaleza hobbesiano?

La respuesta a tales preguntas que nos proporcionan Acemoğlu y Robinson tiene, en primer lugar, como supuesto o presupuesto subyacente e implícito, no por ello menos relevante, esa perspectiva de la película en rodaje frente a la proyección en el tiempo de la foto fundacional. Ese cambio de paradigma que conlleva la ascensión de la

¹ Aunque está editado en España por Deusto, este autor ha leído la edición original en inglés por Penguin, y en ella basa sus referencias.

construcción de la libertad como proceso de evolución del poder del Estado y de la sociedad y fruto de la interacción y relación entre ambos, que conlleva que no nos encontremos ante una puerta hacia la libertad; sino ante un corredor, un pasillo estrecho hacia ella:

“Entre el miedo y la represión de los Estados despóticos y la violencia y ausencia de ley que se da en ausencia del Estado, hay un estrecho corredor hacia la libertad. Es un corredor en que el Estado y la sociedad se pueden equilibrar el uno al otro. Ese equilibrio no acontece en un momento revolucionario. Es fruto de una lucha constante, diaria, entre los dos. Ésta da beneficios. En el corredor el Estado y la sociedad no sólo compiten, también cooperan. Esta cooperación engendra mayor capacidad del Estado para producir cosas que la sociedad demanda y fomenta, y mayor capacidad de movilización social para monitorear esa capacidad.

“Lo que lo hace un corredor, y no una puerta, es que alcanzar la libertad es un proceso; tienes que viajar un largo tramo del corredor hasta que la violencia está bajo control, y las leyes están en vigor, y el Estado empieza a prestar servicios a los ciudadanos. Es un proceso porque el Estado y las élites tienen que aprender a vivir con las esposas que les pone la sociedad y diferentes sectores de la sociedad tienen que aprender a trabajar conjuntamente a pesar de las diferencias”.

Y nos aporta, en segundo lugar, los factores o elementos que determinan el camino y la concepción del camino: constituye al efecto la noción fundamental e hilo conductor la interrelación entre Estado y sociedad y el equilibrio que ésta pueda alcanzar. Lo que nos lleva a la consideración del Leviatán/Estado, de la sociedad y su agencia, y de la jaula de normas (*“cage of norms”*) que en toda sociedad condiciona, y a veces dicta, el guion y los papeles de la obra de teatro colectiva que interpreta. Interrelación de la que resulta relevante tanto el quiénes como el cómo: recurren para explicarlo a la metáfora de la carrera entre Alicia y la Reina de Corazones, en que todo el esfuerzo de correr era para mantenerse en el mismo sitio. Mantenerse en el mismo sitio, en el corredor estrecho en que la libertad es posible, el equilibrio en la interacción entre el Leviatán y la sociedad y sus respectivos poderes, y no dejar que uno avance más que otro y nos salgamos de éste. El camino de la libertad es como el de la bicicleta: hay que seguir pedaleando para que no caiga.

El camino de la libertad, hacia la libertad, presupone y requiere de una concepción, un concepto de ésta. Asumen para ello Acemoğlu y Robinson la definición de Locke cuando nos decía que las personas tienen libertad cuando tienen la de llevar a cabo sus acciones y disponer de su persona y posesiones como estimen conveniente, sin pedir autorización o dependiendo de la voluntad de otra persona; y la completan con la ausencia de dominación a la que se refiere Pettit, pues,

“la libertad no sólo requiere la noción abstracta de que eres libre de escoger tus acciones, sino la capacidad de ejercerla. Tal capacidad está ausente cuando una persona, grupo u organización tiene el poder de coerción, de amenaza o de usar el peso de las relaciones sociales para subyugarlo. No puede estar presente cuando los conflictos se resuelven por el uso de la fuerza o su amenaza. Pero tampoco cuando se resuelven por relaciones sociales desiguales impuestas por costumbres arraigadas. Para florecer, la libertad necesita del fin de la dominación, sea cual sea la causa de ésta.”

Nos dicen que una teoría es útil cuando nos ofrece nuevas maneras de explicar el mundo; y eso es precisamente lo que hacen a lo largo del itinerario analítico que nos invitan a recorrer, partiendo de la asunción de cinco implicaciones de ésta, como: que en el camino hacia la libertad se da un alto grado de dependencia de la trayectoria previa; que, a pesar de ello, se da también un alto grado de agencia, que hace posible que ésta coexista con transiciones ocasionales de uno a otro tipo de trayectoria; que la libertad no puede ser diseñada en un laboratorio, ni puede su destino asegurarse con un inteligente sistema de equilibrios y contrapesos, sino que requiere al tiempo de la movilización, vigilancia y acción de la sociedad; que hay diferentes vías de entrada y diferentes sociedades en el corredor, y no surge la libertad en el momento en que la sociedad entra en él, sino evoluciona en el tiempo, influida por los pactos y condiciones que determinaron la entrada; que la interacción entre Estado y sociedad que se da en el corredor permite un mayor desarrollo de la capacidad del Estado esposado en él que la que se da en el Estado despótico fuera de él. Mirando hacia delante, una vez esposado requiere el Leviatán de confianza y verificación por parte de la sociedad para conformarse en instrumento para el desarrollo político y socioeconómico, el florecimiento del compromiso cívico, las instituciones y las capacidades, el desmontaje de la jaula de normas y la prosperidad económica.

Al emprenderlo con ellos, viajaremos a través de sus páginas por el origen y desarrollo del corredor, por dentro y por fuera de él; y reflexionaremos sobre la libertad, el poder, la sociedad y el Estado/Leviatán y sus encarnaciones o tipos y lo que lo caracteriza y determina. Pero no sólo: recorrer el recorrido a que nos invita *El pasillo estrecho* otorga a la teoría que formula y desarrolla una característica única y diferenciadora en el pensamiento y la Filosofía política: su fundamentación práctica, en la práctica, su utilidad para la explicación y comprensión de fenómenos históricos y realidades presentes. Y nos invita desde ella a pensar el futuro y los retos del hoy y del siempre.

(2) Explicar el mundo: recorriendo el corredor

Si, tras la formulación y explicación de su teoría, nos adentramos en el itinerario analítico que nos ofrecen Acemoglu y Robinson, empezaremos contemplando cómo la voluntad de poder de que nos hablaba Nietzsche puede hacer emerger al Leviatán en sociedades en las que éste estaba ausente, como bien ejemplifica Mahoma en la organización política de Medina, que llevará de la creación inicial del poder del Leviatán a una de las expansiones más rápidas de éste; o como nos muestran la creación del reino zulú bajo Shaka o la unificación de Hawái bajo el rey Kamchamcha o, más recientemente, la superación del caos post soviético en la Georgia de Shevardnadze. Emergencia del Leviatán desde la ausencia de éste por voluntad de poder que conlleva inevitablemente

su carácter despótico, pues desde la situación inicial de debilidad de la sociedad –y teniendo por objeto precisamente la instauración del poder, y no la libertad frente a él, la deconstrucción de la jaula de normas que pueda llevar a cabo el líder transformador de la voluntad de poder en poder–, “sin normas ni instituciones de la sociedad capaces de equilibrar el proceso de instauración del Estado una vez éste se pone en marcha, no hay corredor”.

No tiene sólo la libertad una dimensión política; sino también económica, como nos muestra la aproximación analítica a la economía fuera del corredor, sea bajo el Leviatán despótico o el ausente, con la economía dentro de éste bajo el Leviatán esposado. Y si en la ausencia del Leviatán está la economía enjaulada en la jaula de normas, bajo el Leviatán despótico puede darse el ciclo que ya nos describía Ibn Kaldún respecto al Imperio Omeya, en que al impulso inicial de la unificación del mercado, la mejora de las infraestructuras y la centralización del poder que da lugar al crecimiento económico, sucede el ahogo progresivo de éste bajo el aumento de impuestos y la intervención económica del poder, descubrimiento o formulación pionera de la conocida, en la teoría económica, como curva de Leffer. La presión del poder sin contrapeso sobre la sociedad y la ausencia de libertad para la innovación hacen que el crecimiento económico bajo el Leviatán despótico, al tiempo que posible y en ocasiones intenso, sea frágil y limitado.

Hay veces que un cuadro, una imagen alegórica, habla más que mil palabras, y expresa y escenifica lo que éstas no pueden del todo: tal es el caso de los frescos del Salón de los Nueve del Palazzo Público de la Piazza del Campo de Siena, desde donde se gobernaba la ciudad-Estado en la Edad Media, con su “Alegoría del buen gobierno” y “Los efectos del buen gobierno”, y su contrapuesta “Alegoría del mal gobierno”, pintados por Ambrogio Lorenzetti entre 1338 y 1339. Debieron sentir al visitarlas Acemoğlu y Robinson esa sensación de símbolo especialmente bien encontrado para expresar el tema que les da título que hemos experimentado quienes hemos tenido ocasión de contemplarlas, pues difícilmente resultaría otra imagen, otras imágenes, más propicias para explicar uno u otro tema, como lo hacen éstas al calor de la Historia de la emergencia de las ciudades-Estado en el norte y el centro de Italia durante la Baja Edad Media. Instauran éstas no sólo un sistema político de equilibrio entre el poder del Estado y el de la sociedad que permite esposar al Leviatán; sino que, con las infraestructuras y servicios públicos, la seguridad material y jurídica y la relajación de la jaula de normas que éste promueve, hacen posible la creatividad que lleva a la creación de los instrumentos pioneros que permiten el desarrollo de la economía de mercado y el capitalismo, como la contabilidad, la letra de cambio o la banca, que lleva al surgimiento de oportunidades que permiten el crecimiento, el ascensor social y el progresivo alejamiento de la vida brutal, fruto de la interacción equilibradora de la sociedad con el Estado del efecto de la Reina de Corazones.

Se encuentran muchos de los ejemplos de sociedades en el corredor estrecho en Europa, lo que nos lleva a las preguntas de por qué y cómo en Europa éstas entraron en él. La respuesta, para Acemoğlu y Robinson, está en la que denominan las “tijeras europeas”, conformadas por la confluencia de la cuchilla de la tradición asamblearia y de decisión colegiada de los pueblos germánicos que invadieron el Imperio Romano, y la tradición de Derecho, Estado y autoridad centralizada y organizada y desplegada por el territorio de éste a través de una administración profesionalizada: resultan ambas

necesarias para que las tijeras corten, para que las sociedades vayan entrando progresivamente, en un proceso de siglos, en el corredor estrecho y avanzando en él. Un proceso cuyo simbólico momento fundacional pudiera ser el de la coronación de Clovis, Rey de los Francos, como Emperador Romano, a la purpúrea manera romana, tras su conversión y la de los francos al cristianismo. Un proceso que podemos seguir con la unificación de Inglaterra y el desarrollo progresivo de los equilibrios entre sociedad y monarca que lleva en ésta a la afirmación progresiva del Parlamento frente a él, a la Carta Magna, a la constitución de una judicatura profesional con participación popular que origina el *Common Law*, a la democratización de los Comunes hasta alcanzar el sufragio universal y al gran salto adelante de la expansión mercantil y la Revolución Industrial, posibilitado por la creatividad, la emergencia de ideas e innovación que permite la libertad. Un proceso que se refleja en la proliferación de parlamentos que se afirman frente a los monarcas en tantos otros lugares de Europa, entre ellos la península ibérica, donde no podemos olvidar el carácter referencial y pionero de los *Usatges* catalanes. Un proceso que, a *sensu contrario*, no se da en otras partes de Europa, como la gobernada por el Imperio Bizantino –dotado de un Estado sin duda con mayores capacidades, y una moneda de referencia universal, que los autores califican como el dólar de la Edad Media– que permanece, sin embargo, en la esfera del Leviatán despótico, por la ausencia de la otra cuchilla de la tijera. Que no se da tampoco, por ejemplo, en Islandia, donde las dinámicas clánicas impiden la emergencia del Leviatán y la constitución de una autoridad central, a pesar de tener las esposas germánicas de la tradición de decisión asamblearia. Un proceso que lleva a la erosión progresiva de la jaula de normas que impedían la libertad; mas no para todos, o más bien para todas. Pues, como señala en 1869 John Stuart Mill en *The Subjection of Women*, la liberación del hombre, la construcción y avance social hacia la libertad se limita a éste. La lucha de las sufragistas, cortar con las tijeras la jaula de normas y el techo de cristal que dificultan e impiden la libertad y el empoderamiento de las mujeres, constituye la última frontera para que estemos todos en el corredor y podamos avanzar en él. Pues si, como dijera Mao, las mujeres son la mitad del cielo, no es sin ellas cielo el cielo, ni corredor el corredor, ni libertad la libertad.

Más allá de la reflexión politológica y socioeconómica que en torno a las tijeras europeas Acemoğlu y Robinson llevan a cabo, no quisiera dejar de destacar su trascendencia e implicación para el relato de la Historia en Europa, de Europa, y la definición misma de ésta y de su esencia, sus esencias, su civilización. Pues ha venido a imponerse a lo largo de ésta, especialmente a partir del Renacimiento y de la Ilustración, la afirmación de la tradición clásica grecolatina y de la cristiana (o, más recientemente, judeocristiana) como fuentes definidoras de la civilización y la esencia de Europa, de lo que somos y quienes somos. Y la invasión de los bárbaros como la destrucción de la civilización, la entrada en la larga noche oscura de la Edad Media, que la recuperación de la tradición clásica habría vuelto a la luz, llevado a las Luces. Y, sin embargo, en esa noche, en ese choque, se gesta la fusión, el ensamblaje entre las cuchillas de las tijeras que abren el camino de la libertad y que en su interacción nos permiten avanzar en él. Habrá que revisar muchas cosas, muchas visiones, repensar y reescribir muchos relatos, deconstruir mitos, ideas subyacentes y supuestos implícitos. No eran tan bárbaros los bárbaros. Los bárbaros somos, también, nosotros. Pues somos hijos de la tradición clásica grecorromana y de la tradición cristiana, y somos hijos de los bárbaros; y gracias a ambos caminamos por el corredor estrecho de la libertad. Gracias a los bárbaros.

Si tornamos nuestra mirada hacia el Imperio del Centro, al “Todo bajo el Cielo” con que China se ha concebido históricamente a sí misma, observamos la presencia de una doble tradición en la aproximación al poder en su pensamiento político: la que encuentra sus raíces en los planteamientos de Shang Yang, conocido como el Señor Shang, reflejados en el *Libro del Señor Shang*; y la que lo hace en los de Confucio. Y si la primera se centra en la necesidad del Leviatán como alternativa al caos en ausencia de aquel, y pone el énfasis en el orden social impuesto a la sociedad como función esencial del mismo, y la segunda enfatiza la legitimidad moral del gobernante y la consecución de la confianza de los gobernados como vía para ello, en la visión compartida del mandato del Cielo como fuente de legitimidad del poder del Emperador subyace un común enfoque despótico de la relación entre Estado y sociedad; pues en ambos se parte del supuesto de que la gente común no tiene voz en la vida política ni constituye ciertamente un contrapeso al poder del Estado y del Emperador, de modo que es sólo la moral de éste la que le lleva a tener en cuenta el bienestar de sus súbditos en sus decisiones. El hecho de que el Derecho Penal se imparta en aplicación del Libro de Castigos revela más preocupación por el mantenimiento del orden que por la realización de la justicia en el ejercicio del poder. Asistimos de la mano de Acemoğlu y Robinson a las distintas fases que definen la evolución histórica de China, generalmente coincidentes con los cambios dinásticos, marcadas unas por el enfoque en la tradición legalista inspirada por el Señor Chang, otras en la moralista inspirada por Confucio. Algunas, como el período de la dinastía Song, con un margen relativo para la innovación y el avance tecnológico que da lugar a saltos cualitativos en el crecimiento económico y el bienestar. Mas se trata de un crecimiento despótico, que no permitirá la Revolución Industrial, a partir de la cual Occidente toma la delantera a China en la senda del desarrollo.

Pudiera parecer que el hundimiento del Imperio y el posterior ascenso al poder del Partido Comunista de China supusiera una enmienda a la totalidad, cambio radical respecto a la tradición previa; mas, como nos señalan Acemoğlu y Robinson, se mantienen bajo la superficie las corrientes subterráneas de la Historia que se constituyen en clave explicativa del funcionamiento del poder y de la sociedad y la relación entre ambos en los tiempos en que el Imperio del Centro ha sustituido el mandato del Cielo por el mandato de Marx. Bajo éste, bien puede en el péndulo de la Historia contemplarse el período de Mao como una etapa bajo la inspiración del Señor Shang, y el iniciado por Deng bajo la de Confucio, que ha permitido el inusitado crecimiento de China bajo el liderazgo benévolo de quien proclama que enriquecerse es hermoso, donde hacerlo sigue siendo, sin embargo, dependiente de la relación con el poder. Más allá de los límites a la creatividad y la innovación que pueda suponer el mantenimiento del carácter despótico del Leviatán chino en su tradición milenaria para el desarrollo económico, plantea éste los límites de la convergencia y eventual aproximación de China hacia el corredor estrecho, siquiera sea con características chinas y a la manera china. La perspectiva de imposición del sistema de crédito social que se está planteando actualmente el Gobierno chino no parece apuntar en esa dirección.

Es demográficamente la India la mayor democracia del mundo, y cuenta en su tradición una larga Historia de decisión colectiva desde las gana-sanghas o asambleas de sus antiguas repúblicas a la Lok Shaga de su actual Cámara Baja; mas permanece su sociedad apresada en la jaula de normas que determina su compartimentación en castas, y ello impide esa compensación, esa interacción equilibradora entre Estado y sociedad que permite entrar y avanzar por el corredor estrecho, que determina la desigualdad y la pobreza y que, “incluso en el contexto de la política democrática, la libertad haya estado ausente no sólo para los parias sino para todos los indios, que continúan dominados por la jerarquía social y la jaula de normas”.

Tendemos a veces a pensar en leyes universales de la Historia, en la causalidad global de los fenómenos, de modo que pareciera haber recetas o dinámicas de general aplicación, factores o fenómenos estructurales de inevitables o generalizadas consecuencia. Mas a efectos de la entrada, salida o avance en el corredor, depende, sin embargo, del punto de partida y la trayectoria previa, como nos muestra la comparación entre la unificación y fortalecimiento del poder para hacer frente a las necesidades de la guerra en la creación de la Confederación Helvética, en Prusia y en Montenegro. Pues mientras en la primera éste combinado con la agencia de la sociedad llevó en la interacción entre Leviatán y sociedad a la entrada en el corredor; en la segunda dio lugar a un poderoso Leviatán despótico; y en el tercero no consigue superar la dinámica clánica y la jaula de normas que apresa la sociedad. Como nos muestra el diferente impacto a dicho efecto de los descubrimientos oceánicos en Inglaterra o en los Países Bajos y en las monarquías ibéricas; o del descenso demográfico derivado de la peste negra en la Europa Occidental y en la Oriental; o de la Revolución Industrial en el Reino Unido y en el Imperio Austro-Húngaro. O el del desmoronamiento de la Unión Soviética en Polonia, Rusia o Tayikistán, que evolucionan respectivamente hacia el Leviatán esposado, despótico y ausente. O el de la inserción en la economía internacional para la agroexportación del café a partir del siglo XIX en Costa Rica y Guatemala, en relación a la evolución de la primera hacia el Leviatán esposado y del mantenimiento de la segunda en el despótico. La Historia no tiene fin, en el sentido de que no tiene un único fin; y las diferentes evoluciones históricas de la relación entre Estado y sociedad pueden hacer divergir el impacto de los mismos factores estructurales de la Historia, especialmente condicionada en el caso de las sociedades con una tradición de trabajo forzoso y una fuerte jerarquía social. Y si la Historia no tiene fin, tampoco es, sin embargo, destino, ni está en ella todo de antemano escrito, como nos muestran los numerosos ejemplos de agencia de los hombres que han querido hacerla, y han cambiado su curso. Ya nos decía María Zambrano que el hombre es el único ser que no sólo padece la Historia, sino también la hace, quiere hacerla; y en ese querer hacerla realiza su esencia, cumple su destino, definitivamente es.

Crucemos el Atlántico, y aproximémonos al origen y evolución del Leviatán en EEUU, sobre todo al pacto de la Constitución de la *Bill of Rights* que permitió el momento hamiltoniano del paso de la Confederación inicial a la Federación y el posterior desarrollo y expansión del Leviatán hasta transformarse en la potencia hegemónica del sistema internacional. Nos muestran Acemoğlu y Robinson la *Bill of Rights* como fruto de una reacción equilibradora de la sociedad frente al salto federalizante que planteaban los federalistas, llegándose a un pacto fundacional que no carece de sus elementos faustianos, condiciona y determina las fortalezas y debilidades del Leviatán

estadounidense. Como la debilidad del poder federal, que conduce a la asociación público privada para llevar a cabo políticas públicas y a un menor desarrollo comparativo del Estado del bienestar, reflejado por ejemplo en el ámbito sanitario; o la exclusión de los estados de la aplicación de la *Bill of Rights*, que permitirá la subsistencia de la esclavitud que practicaban los padres fundadores hasta la Guerra Civil, y la discriminación racial, combatida con efecto equilibrador por el movimiento de derechos civiles en los 60, que todavía hoy fractura a la sociedad estadounidense; o la violencia que se deriva del uso de las armas por cualquier ciudadano; o la ausencia de esposamiento del Leviatán en determinados ámbitos, como nos muestra la Historia y la acción del FBI, la CIA o más recientemente de la NSA. Una trayectoria, unos claroscuros, una complejidad que nos plantea y plantea la pregunta de si y cómo el Estado estadounidense puede afrontar los complejos retos que se vislumbran en el horizonte.

Recuerdo que, cuando estaba destinado como diplomático en la Indonesia de Suharto en los 90, el líder de Nadlatul Ulama –la mayor organización de la sociedad civil del mundo islámico–, Aduhrraman Wahid –quien después sería presidente de la República tras la transición democrática– decía que ésta era una *si oleh oleh demokrasi*, una “como si fuera democracia”, una apariencia de ésta. Hay también como si fueran Estado, apariencias de Estado, Estados en el papel, o Estados de papel. Leviatán de papel, como lo bautizan Acemoğlu y Robinson, que combina algunas de las características del Leviatán despótico con la debilidad del ausente, represivo y al tiempo débil y debilitador de la sociedad, a menudo fortalecedor de la jaula de normas. ¿Por qué no surge, desde este débil punto de partida del Estado y de la sociedad, la voluntad de poder que lleva al fortalecimiento del primero? Apuntan para ello Acemoğlu y Robinson dos razones: la preocupación de las elites de que ello tenga como efecto la movilización de la sociedad y ponga en marcha una dinámica que sobrepase su control del Estado; y la discrecionalidad que permite la debilidad de éste bajo el control de una elite sin escrúpulos, difícilmente posible si se desarrollara una administración profesionalizada y una judicatura eficaz e independiente. Leviatán de papel en general alumbrado con la independencia y creación del Estado tras la experiencia colonial, en buena medida explicable por la doble herencia de ésta, de introducción de instituciones y administración sin el paralelo control de éstas por la sociedad, y de la tendencia del poder colonial a subcontratar el ejercicio del poder a estructuras locales previamente existentes, lo que en general no ha dejado una burocracia meritocrática y una judicatura independiente, y sí una institucionalidad y una sociedad débiles. Como nos muestran en la América Latina cuyo gobierno consideró en el ocaso de su vida Bolívar –a quien la primera Constitución de la Bolivia, así llamada en su honor, consideró como presidente de la República “el Sol en torno al que giran los astros” del Estado y de la sociedad– “arar el mar”, y en la que la sociedad habría permanecido incapaz de controlar al Estado y a las elites, abriendo el camino para la instauración del Leviatán de papel, cuyo funcionamiento nos muestran en Argentina y en Colombia, o en África en la Liberia fundada por los esclavos liberados de EEUU y en la Ghana de Nkrumah. Un Leviatán de papel que no sólo tiene consecuencias negativas para la libertad y el desarrollo económico; sino que puede también constituirse en escenario de conflicto y guerra civil.

Rompe o erosiona en general el Leviatán en su emergencia y afirmación la jaula de normas que regían la sociedad en su ausencia, para contraponer frente a éstas el Derecho de sus instituciones emanado, reivindicar la legitimidad de origen a él debida. En general, mas no siempre, e incluso en ocasiones las fortalece, las restringe, las hace más severas y exigentes, más enjauladora la jaula; y en ellas, sobre ellas se apoya para construir su poder: tal es el caso del Leviatán que la Casa de Saud construye en alianza y connivencia con Wahhab y su interpretación del islam en la península arábiga. Conjunción entre el Leviatán despótico y la estructura institucional del islam que se da y se extiende también en otras sociedades de Oriente Medio y que, como nos señalan Acemoğlu y Robinson al abordar el análisis del 11-S, no sólo fortalece la jaula de normas, sino también puede engendrar terrorismo, violencia e inestabilidad.

La carrera entre Alicia y la Reina de Corazones, la interacción entre la sociedad y el Estado tiene un elemento de competencia; mas también uno de cooperación, y plantea el reto de conformar un juego de suma positiva en que ambos salgan fortalecidos, y permita ello avanzar en el corredor. Y, sin embargo, puede en ocasiones éste transformarse en un juego de suma cero, constituirse en objetivo de cada uno neutralizar cualquier avance en el poder del otro, incluso destruirlo, y hacer que el efecto de la Reina de Corazones se salga de control, y el Leviatán del corredor. Bien puede en esa clave explicarse el ascenso del nazismo en Alemania, despotismo impulsado en la confrontación social desde abajo y favorecido por las elites en su acceso y control del poder; o la salida del corredor de Chile que lleva a la caída de Allende y la instauración del régimen militar; o, más lejanamente, la renuncia de la Republica de Ferrara en 1264 a su institucionalidad democrática para ponerse bajo el poder de un Señor permanente y hereditario como fruto de la confrontación neutralizadora entre la sociedad que lo promueve y las elites y el Leviatán que controlaban. Bien puede también considerarse que los tres factores que pusieron a la República de Weimar en la posición precaria de pérdida de control del efecto de la Reina de Corazones –la polarización entre Estado y sociedad y la conformación de un juego de suma cero en su interacción; la inestabilidad e incapacidad de las instituciones para contener y resolver los conflictos; y las crisis desestabilizadoras, como el *crack* de 1929– están presentes de una u otra manera en esos procesos de pérdida de control y salida del corredor. Una salida que, como nos muestran los casos de Alemania y Chile, puede tener, aunque no necesariamente, una vía de retorno si el equilibrio entre el Estado y la sociedad puede reestablecerse antes de que pase demasiado tiempo. Lo que pasó puede volver a pasar, y no faltan casos en el horizonte que pudieran constituir potenciales ejemplos, y que nos plantean el reto de extraer lecciones del pasado para evitar el descarrilamiento.

Si puede haber descarrilamiento, también encarrilamiento. Como nos muestra el proceso que llevó al fin del *apartheid* y al cambio de régimen político y al tiempo al empoderamiento económico de la mayoría negra en Sudáfrica, con el papel referencial del liderazgo, la visión y la acción de Nelson Mandela. Lo que nos muestra que hay, que puede haber caminos, vías de entrada en el corredor. Dependen éstas, en buena medida, de que el Leviatán que inicia el camino hacia su transformación sea el despótico, el ausente o de papel; y de la forma, la anchura o estrechez del corredor mismo, que puede cambiar según la influencia favorecedora de algunos factores como la globalización y sus efectos o dificultadora de otros como la tradición de trabajo forzoso, o de factores internacionales, como la afirmación universal de los derechos

humanos en el empoderamiento y legitimación de la sociedad o el reconocimiento y actoría internacional del Estado en el Estado. Dependen también de quiénes, y especialmente de la capacidad de articular una amplia coalición de actores que impulsen el camino. Además de la de Sudáfrica, nos muestran la transformación de Japón tras la Segunda Guerra Mundial, de Bogotá bajo la alcaldía de Antanas Mockus o de Lagos bajo la de Bola Ahmed Tinubu esa posibilidad de entrada; y la Turquía de estas dos últimas décadas, a juicio de los autores, un pudo ser que no ha sido.

Vivimos con el Leviatán en tiempos inciertos e interesantes, y no podemos dejar de afrontar los retos que éstos nos plantean, entre otros de desigualdad, de eficiencia económica, de confianza en las instituciones, de equilibrio entre Estado y mercado, globalización financiera desregulada, terrorismo global o grandes empresas de dimensiones planetarias y poder no esposado, de inteligencia artificial, de cambio climático y de pandemia. Reto global de evitar entrar en un juego de suma cero en la interacción entre Estado y sociedad, de dotar a éste de las capacidades para afrontarlo y al tiempo empoderar a la sociedad, articular las coaliciones y la actoría para ello, promover más que nunca universalmente los derechos humanos, por humanos necesariamente universales. Habrá que pensar y repensar muchas cosas, y sin duda el recorrido por el corredor que nos invitan a realizar Acemoğlu y Robinson nos ayuda a ello.

(3) El corredor y sus preguntas

Mirando hacia delante, hacia los retos del ahora y del siempre, el recorrido por el corredor nos plantea sus preguntas, y nos invita, a la luz de lo recorrido y aprendido, a intentar responderlas.

¿Cómo es nuestro Leviatán, qué Leviatán queremos y para qué? Nos lleva el intento de respuesta a la reflexión rawlsiana sobre el contrato social y el para qué de éste y su sentido: el de posibilitar y garantizar un mínimo vital que satisfaga nuestras necesidades fundamentales y permita nuestro desarrollo como personas, de modo que nuestra libertad no sea sólo una posibilidad teórica, sino un ejercicio efectivo para realizar nuestras potencialidades y capacidades. Lo que nos plantea, como hace Jacques Attali en su reflexión ante el COVID-19 en *L'économie de la vie. Se préparer à de qui vient*, la necesidad y reto de concebir una Economía y una Política de la vida. Nos plantea, también, la pregunta, las preguntas, de qué sociedad somos, qué sociedad queremos ser para equilibrar a nuestro Leviatán, y con él, junto a él, avanzar hacia el pleno desarrollo de nuestras potencialidades; de cómo organizar nuestra agencia y acción colectiva; de qué contrato social suscribimos en primer lugar con nosotros mismos. De cómo es la jaula de normas en la que estamos encerrados; cuáles las ideas subyacentes y los supuestos implícitos de los que estamos presos; cómo deconstruirlos y liberarnos de ellos.

Construir la libertad, abrir universales

Preguntas a responder desde una actitud, la del espíritu crítico de la Ilustración; y desde el cambio de paradigma que implica pasar de los universales cerrados a los abiertos como articuladores de la convivencia social. Pueden los universales ser, como nos señala Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, cerrados, y pueden serlo abiertos. Cerrados, constituidos por una idea o creencia la adhesión a la cual resulta excluyente de la contraria, definidora de un nosotros que siempre supone un otros, sustantivamente dicotómica: o se cree que Jesús es el Hijo de Dios, el Papa y su Iglesia su representación en la Tierra, o no se cree; o se cree que Mahoma es su profeta y el Corán la palabra revelada por Dios, o no se cree; o se piensa que la raza aria es superior a las otras, y está llamada a dominar y gobernar el mundo, o no se piensa... Abiertos, o de segundo grado, en la medida en que suponen ideas, creencias o principios la adhesión a los cuales permite a cada ser humano tener y practicar sus ideas y creencias concretas, vivir con otros sus universales compartidos, en la medida en que no afecta a los de los demás. En la medida, y precisamente por ello. Ideas o principios como la igualdad entre todos los seres humanos, los derechos humanos, la vida y la dignidad del ser humano como medida y referente de la acción y el caminar colectivo, la democracia como sistema de legitimación y funcionamiento del poder y el sistema político, el Estado de Derecho.

Los universales abiertos no se oponen en esencia a los universales cerrados. Al contrario, los integran, posibilitan su convivencia, su coexistencia en el seno de la sociedad. Mas precisamente eso es lo que a menudo los que comparten universales cerrados y la lógica del contenido y mensaje de éstos pretenden evitar, excluir: los universales del otro, los otros, otros universales. Tienden los cerrados a lo homogéneo, a lo único; mientras los abiertos presuponen o llevan implícita la diversidad, la pluralidad, la coexistencia. Tienden los primeros a la exclusión del otro –o al menos a su creación, a su conceptualización o contemplación como otro–, y los segundos a su inclusión. A la integración: pues los universales abiertos presuponen que cada uno pueda tener a su vez universales cerrados, que en el seno de una sociedad haya diferentes grupos que comparten creencias o ideas, y hagan de ello motivo de su acción colectiva; mas presuponen también la necesidad de que esa acción sea compatible con otras, no se ejerza de tal modo que haga imposible el ejercicio de otras. Pues en el fondo el universal que subyace a los universales abiertos es el de la libertad, el principio de que ésta acaba donde empieza la del otro. Necesitan los universales cerrados de señales de tráfico y códigos de circulación en su interactuar en una sociedad; y eso son en buena medida los universales abiertos. Están los universales abiertos fundamentalmente en el cómo; y los cerrados en el qué. La compatibilidad de su ejercicio depende de que ese qué se adapte al cómo. La legitimidad de qué se hace o decide depende en una sociedad abierta tanto de su contenido como del cómo se llega a él.

Universales cerrados que sustentan sociedades cerradas; y universales abiertos que sustentan sociedades abiertas. Ha sido la tendencia y el caminar de la Historia en general el del paso o la evolución de la sociedad cerrada a la abierta. Aunque nunca pueden descartarse retrocesos, caminar en ella hacia delante, hacia la libertad, es abrir universales.

Universales que tienen que ver con actitudes; y que tienen que ver con valores. Con ideas sobre las ideas. Como que la verdad sea única y excluyente, y necesariamente universal; o que pueda ser múltiple, particular, compatible con otras. Que sea absoluta, o relativa. O como la tolerancia, la diversidad, el carácter único de cada ser humano y su camino; y al tiempo la común dignidad de todo ser humano, su derecho fundamental a la vida en todas su dimensiones y posibilidades, la conciencia de que somos también el otro y en el otro.

Del Estado, los derechos humanos, la democracia y la libertad ante los retos del COVID-19

Frente al COVID-19 y sus retos, necesitamos fortalecer al Leviatán, otorgarle instrumentos, recursos, competencias, capacidades y políticas públicas para hacerle frente en su dimensión sanitaria, y en su dimensión socioeconómica. Como Atlas o Hércules cuando lo sustituyó, pareciera más que nunca necesario ahora que el Leviatán sostenga el mundo, nuestro mundo, para que no se caiga; que sólo su poder, como ninguno en la Tierra comparable al suyo, pudiera salvarnos del hundimiento, pudiera vencer al virus, defender la vida. Más que nunca somos el Leviatán que creamos, a través de él. Y, sin embargo, requiere la sístole la diástole, el salto cualitativo del poder del Estado el de la sociedad; el avance, en definitiva, en el recorrido en el corredor, hacia un punto de equilibrio superior y más allá, del que difícilmente regresaremos, en el que puede ser menos brutal, más atractiva y dulce la vida si nos asentamos en él, nos equilibramos en él. Reto de evitar, *a sensu contrario*, que el aumento del poder del Leviatán no se vea acompañado por el de la sociedad, incapaz de mantenerlo esposado, y nos saque del corredor, hacia el terreno del Leviatán despótico; o de que la ausencia de éste, su incapacidad de afrontar el reto y atender a las necesidades de la sociedad, nos lleve hacia el del Leviatán ausente en el estado de naturaleza.

¿Cómo esposar, cómo mantener esposado al nuevo Leviatán fortalecido para hacer frente a los retos del COVID-19, con las nuevas capacidades otorgadas en los estados de emergencia, o en la aplicación de la inteligencia artificial para el monitoreo de los ciudadanos? ¿Cómo redefinir, en definitiva, el contrato social para hacer frente al reto, a los retos del presente, de la vivencia y la supervivencia?

De la tentación populista

Y del reto de su evitación. Vivimos tiempos abonados para la tentación populista, y soplan vientos favorables para ella; para la emergencia, frente a la crisis, el miedo y la incertidumbre que conlleva, de un líder carismático que presente soluciones sencillas a problemas complejos, y que, en aras de soluciones excepcionales en situaciones excepcionales, reclame poderes excepcionales para ejecutar la voluntad del pueblo y atender sus verdaderas necesidades. Requiere la evitación de la tentación populista del mantenimiento de la confianza en las instituciones; de la asunción de la agenda, la Economía y la Política de la vida; y de la asunción de que nosotros somos todos, todos el mismo hombre y la misma mujer, y juntos navegamos en la nave espacial Tierra destino futuro. Requiere la libertad de la igualdad y la fraternidad que reclamaba junto a ella la Revolución Francesa; el reto del COVID-19 de la solidaridad vertical –con las generaciones mayores y futuras–, horizontal –en las sociedades y entre las sociedades– y de género.

De la construcción del orden internacional y la gobernanza global

Se limita la reflexión de Acemoğlu y Robinson al Estado, asume la extensión de éste como única forma de organización política del poder sobre el territorio, como de hecho así ha acontecido en el sistema y el Derecho Internacional instaurados tras la Segunda Guerra Mundial, que ha conllevado, como nos señalaba Osvaldo de Rivero en *Los Estados inviables*, la eficacia marginal decreciente de los estados, la emergencia de la problemática de los que han venido a denominarse estados fallidos, de la ausencia de Estado; o del Leviatán de papel que tan bien captan y definen. Ha conllevado también, como apuntan, el efecto legitimador interno del reconocimiento internacional del Estado como tal.

Viven y asumen, de alguna manera, el paradigma westfaliano del sistema internacional, el equilibrio de poderes y sus demás supuestos implícitos. Viven en la *polis* que presupone otras *polis*. ¿Y si, en lugar de la *polis* en que vivimos desde *La República* de Platón y la *Política* de Aristóteles, de la política en la que parecemos desde siempre vivir, hubiéramos vivido en la *Tianxia* que Confucio, Mencio, Mozi, Xunzi o Huanfeizi concibieron en las obras que conforman la Filosofía política clásica china como la unidad de gobierno natural de los seres humanos? *Tianxia* (Todo bajo el Cielo), seres que bajo él habitamos. Y, en consecuencia, la labor y reto del pensamiento y la acción política fuera la de superar los gobiernos o unidades políticas territoriales para desde ellas construir o contribuir al gobierno de Todo bajo el Cielo. Y el orden natural de las cosas fuera la existencia de un Gobierno mundial junto y sobre los gobiernos territoriales. Pues presupone, *a sensu contrario*, la *polis* –sea ésta encarnada por la ciudad griega o el Estado contemporáneo– necesariamente otras *polis*, un nosotros frente o contra los otros, y la necesidad de relación con otras *polis*, la distinción entre política interior y exterior; y, como correlato de la identificación de Constitución que regula el sistema político y rige la vida política de la *polis* con el contrato social y la cúpula de la pirámide kelseniana del Derecho, la identificación de la sociedad y el sistema internacional con el estado de naturaleza.

Bien puede plantearse, como analizo en mi libro *Ideas chinas. El ascenso global de China y la Teoría de las Relaciones Internacionales*, la reconfiguración que se plantea desde China desde ese planteamiento inicial. Mas sobre todo, más allá del debate teórico, la globalización de la sociedad de la información y la interdependencia que conlleva, especialmente puesta de manifiesto por el COVID-19, nos manifiesta la impotencia, la insuficiencia del Leviatán, por poderoso que sea, sean cuales sean sus características, para afrontar globalmente los retos globales y proporcionar los bienes públicos globales que los seres humanos necesitamos y sus sociedades demandamos. Requiere ello de ir más allá, más arriba del Leviatán: requiere la transformación del sistema internacional en un sistema de gobernanza global. De alguna manera del contrato social de nuestra común condición humana, que afirmamos con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que afrontamos el reto de llevar del papel a la realidad. Reto de construcción de institucionalidad y poder internacional por arriba, por los Estados y desde sociedades; y reto de su construcción desde abajo, por las sociedades y desde las sociedades. De equilibrarlo desde la sociedad, a través de la conformación de una sociedad civil y una opinión pública global.

Lo que requiere a su vez, por un lado, de la asunción de nuestra común condición humana, la superación de las identidades colectivas que en ella cohabitan y a veces la ofuscan. Reto que va más allá del Estado, el poder y la libertad a los que se dedica este ensayo, que nos remite en definitiva al yo y al nosotros, a quién soy, quiénes somos. Y encuentra un embrión, un antecedente, un parteaguas referencial en la emergencia del individuo como sujeto de Derecho Internacional frente al Estado que han posibilitado el sistema europeo y el sistema interamericano de derechos humanos, con la posibilidad de que éste recurra, agotadas las instancias judiciales internas, frente al Estado ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y el Tribunal Interamericano de Derechos Humanos, en uno y otro caso.

Y, por otro, de incorporar a la necesaria reflexión sobre la transformación del sistema internacional en sistema de gobernanza global la cuestión, la perspectiva de cómo orientarlo para que conforme una vis atractiva hacia el corredor estrecho de la libertad, para que, ampliándolo si es necesario, nos encontremos progresivamente todos en él, o al menos contribuya a que nos acerquemos y hacia él confluyamos.

Más allá y junto a la necesaria transformación del sistema internacional en sistema de gobernanza global, la que implica el ascenso global de China y de Asia, la emergencia de los emergentes y la extensión y redistribución planetaria de la clase media que conlleva, el desplazamiento hacia el Pacífico del centro de gravedad del sistema, y la reconfiguración y reequilibrio de éste que todo ello conlleva. Con implicaciones institucionales y de relaciones de poder; y con implicaciones ideacionales, paradigmáticas, pues, como sostengo en *Ideas chinas*, implica el ascenso global de China la emergencia no tanto de un mundo multipolar, como policéntrico. Lo que nos plantea la cuestión de si comporta, puede comportar, el mantenimiento o la salida de la libertad del corredor de la centralidad paradigmática e ideacional del sistema internacional; y la de su reflejo en los consensos del contrato social global, en la institucionalidad y normativa del sistema internacional, en la conformación de éste y de los compromisos que de él se derivan como fuente de impulso a las transformaciones de los estados miembros. ¿En qué medida y cómo es posible –podemos preguntarnos también– la construcción de ese sistema de gobernanza global con unos estados en el corredor y otros fuera de él? ¿Posible en esa construcción promover que en él, hacia él converjan; o supone al contrario el fortalecimiento de la gobernanza global el debilitamiento global de la libertad? ¿Cómo mantenernos, converger en el corredor en el proceso de gestión y transformación del sistema internacional? ¿Cómo y hasta qué punto podemos realizar universalmente los derechos humanos sin converger en el corredor?

Nos invita, finalmente, a reflexionar sobre la naturaleza de las esposas del Leviatán y su procedencia, a apuntar en ese sentido la limitación, el encorsetamiento y condicionamiento internacional que tiene hoy todo Estado: no es sólo su sociedad nacional la que le esposa; sino también la internacional. Los tratados y convenios globales y regionales de los que forma parte; las organizaciones internacionales y los mecanismos de integración, que en casos como el de la UE conforman un verdadero sistema político supranacional; las relaciones internacionales de las que depende su viabilidad y la realización de sus objetivos, tanto desde el Estado como desde la sociedad y sus actores relevantes; la opinión pública internacional y los medios de

comunicación y las redes sociales en un mundo globalizado; la fijación de estándares, el monitoreo y la cooperación que, por poner un ejemplo, respecto a sus estados miembros lleva a cabo en Europa el Consejo de Europa... constituyen de alguna manera esposas internacionales que restringen y condicionan la libertad y margen de actuación del Leviatán... Recurren en su imaginario Acemoğlu y Robinson al Leviatán de Hobbes; mas bien podríamos recurrir también a Gulliver en el país de Liliput, cuando al despertar se encuentra atado por múltiples lianas que han tendido sobre su cuerpo los habitantes de éste. Ninguno de ellos puede retenerlo, ninguna cuerda neutralizarlo por sí sola; mas entre todos pueden inmovilizarlo. Entre los leviatanes que creamos, que podemos crear hoy los humanos sobre la Tierra, no está, no están sólo los que habitan sobre el territorio en que nos organizamos políticamente; sino también los que encarnan y se encarnan en las organizaciones e instituciones internacionales en que se estructura el sistema internacional. Y tal vez pueda éste, puedan éstos, alcanzar los fines y proporcionar los bienes públicos globales que en este mundo globalizado nuestro particular Leviatán, solo, no puede. Entre las cuerdas o cadenas con que podemos esposarlos, no se encuentran sólo las que podamos articular nacionalmente desde cada sociedad; sino también desde la sociedad y el sistema internacional. Se nos plantea así la posibilidad, la oportunidad de lanzar lianas desde la sociedad internacional, de promover que el Leviatán, los leviatanes en ésta equilibren a nuestro propio Leviatán, y para ello empoderarlo, empoderarlos; y al tiempo el reto de esposar a ese Leviatán por encima o más allá del de nuestro Estado. Bien puede contemplarse desde esa perspectiva la construcción y desarrollo del sistema de Naciones Unidas y el sistema universal de derechos humanos que instaura; o los condicionamientos, las esposas que en Europa ponen a los estados el Consejo de Europa o la Organización para la Cooperación y la Seguridad en Europa. Bien puede reflexionarse desde ella la construcción europea y la creación y desarrollo de la UE. Hacerlo a la luz de la aportación teórica de Acemoğlu y Robinson bien puede enriquecer ésta, y al tiempo llevarnos más allá en la construcción europea.

De la construcción europea

Nos encontramos, ante la crisis y los retos del COVID-19, ante una encrucijada, un partaguas decisivo de la Historia. Difícilmente sin más y mejor Estado, mejores capacidades y políticas públicas, podremos, como decíamos, afrontarlos. Difícilmente en Europa sin la respuesta articulada por la UE, doblemente decisiva, para afrontar la crisis, y para la continuidad y fortalecimiento de la propia Unión, potencial momento hamiltoniano en la construcción supranacional o en la federalización. Frente al *shock* sistémico, el salto sistémico: más y mejor Leviatán europeo para fortalecer y empoderar a los leviatanes de los estados miembros. Salto cualitativo en el crecimiento, desarrollo y capacidad del Leviatán europeo que requiere y plantea el reto de salto cualitativo en el crecimiento, desarrollo y capacidad de la sociedad europea si queremos con él mantener el equilibrio, avanzar, ir, correr más allá en el corredor estrecho de la libertad, o al menos no retroceder el disfrute de ésta. Reto de empoderamiento de la sociedad, de avance en la construcción de una verdadera sociedad, ciudadanía y opinión pública europea más allá y más acá de las de los respectivos estados miembros. Y al tiempo de ese trascenderse sí mismo con que Kant caracterizaba al ser humano: asumir que ser europeo es simplemente ser humano, y que la lógica que alienta y da sentido último a la construcción europea es la de la universalidad de nuestra común condición humana,

lo que la lleva más allá de Europa, y la proyecta necesariamente hacia la gobernanza global. Asumir, en definitiva, que es común, y que es humana.

De la reformulación de la Teoría en las Ciencias Sociales, especialmente en la Ciencia Política y las teorías de la democracia y el cambio político

Bien ameritan éstas repensarse, contemplarse al trasluz del pasillo estrecho de Acemoğlu y Robinson, completarse o matizarse, reformularse. En general, y especialmente, en el ámbito de la Ciencia Política, en relación a las teorías sobre la democracia y el cambio político.

Se confunde a efectos operativos en la Ciencia Política contemporánea la democracia con la poliarquía de Dahl y los desarrollos conceptuales de los que desde su formulación ha sido objeto. Se define ésta como aquel sistema político en que confluyen determinadas características o condiciones, en esencia las que posibilitan en éste la participación y oposición, conceptos con que Dahl subtitula su libro fundacional. Mas para la democracia en que resulta posible y efectiva la libertad, no basta sólo con la caracterización del sistema político: se requiere también de una sociedad democrática, del equilibrio, agencia y ejercicio de la libertad por parte de la sociedad. Y ello nos pone el foco en ésta, y al tiempo en la jaula de normas en la que está inmersa.

Nos invitan tácitamente Acemoğlu y Robinson, desde la perspectiva del corredor estrecho, a revisar también las teorías del cambio político, y en particular la transitología que ha alumbrado el estudio comparado de la que ha venido a conocerse como tercera ola de democratizaciones, iniciada con la revolución de los claveles en Portugal, continuada con la transición española y extendida en los ochenta y noventa por el mundo. Una transitología que promueve determinadas fórmulas, especialmente la de la transición pactada entre los moderados del régimen y los de la oposición, y tiende a considerar el cambio político como una cuestión de ingeniería constitucional, centrando así su atención en las instituciones y en las estructuras de *enforcement* y de intermediación. No basta con el estudio y atención al régimen y el sistema político y su transformación. No basta tampoco con la atención al político como agente para entender el funcionamiento de la política, como nos plantea, en la tradición de Weber, Manuel Alcántara en *El oficio del político*. Requiere el verdadero cambio político también de la atención a la sociedad, a su empoderamiento y articulación, a su transformación.

Constituye la esencia del Estado de Derecho el sometimiento de la sociedad y el Estado al Derecho, en democracia emanado de un Parlamento elegido libremente por la ciudadanía. Lo que implica, además de los contrapesos y equilibrios institucionales y sociales que lo hacen posible, la liberación, del Estado y de la sociedad, de la caja de normas en que previamente pudieran estar. Pues bien podemos tener si no, a pesar de las apariencias, un Leviatán de papel.

Liberación de la caja de normas, esposamiento del Leviatán, empoderamiento equilibrador de la sociedad: elementos a considerar no sólo en el repensar de la democracia y el cambio político en el ámbito de la Ciencia Política, sino en general en tantas cuestiones relevantes de las Ciencias Sociales, y en particular en Economía las del funcionamiento del mercado y el papel del Estado.

Ciudadanía y libertad

No se trata sólo, y tal vez siquiera principalmente, de pensar el Estado y la sociedad y las relaciones entre ambos, o las Ciencias Sociales o cuantos fenómenos hemos abordado y analizado en nuestro recorrido desde la barrera, como si fuera al otro al que le pasan las cosas. Pues el quién de la libertad no es sólo, y tal vez siquiera principalmente, cosa del Estado y de la sociedad y de la interacción entre ellos: lo es también de cada uno, cada una. No somos consumidores de libertad; sino agentes, actores, “ejercedores” de ésta. No se construye éste sólo en la sociedad y en el Leviatán o con el Leviatán; sino también y al tiempo en cada uno, cada una. Es un proceso social, y es un proceso personal. Disponemos para ello políticamente de un instrumento esencial: nuestra ciudadanía y la potencialidad de su ejercicio. ¿Cómo utilizar ésta proactivamente, más allá del consumo de ofertas electorales cada cuatro años al ejercitar el voto? ¿Nos conformamos con la libertad que nos es dada, en la medida en que se nos dé; o nos constituimos en autores y promotores de la libertad que nos damos? ¿Qué y cómo podemos y queremos dárnosla? ¿Qué acción personal y colectiva acometer para ello? ¿Qué asociaciones y coaliciones, qué actores creamos o en cuáles participamos y para qué? ¿Qué temas, qué cuestiones y preocupaciones promovemos en la agenda, la conversación y la decisión colectiva? ¿Qué planteamos a nuestro Leviatán y a las estructuras de intermediación que ante él nos representan?

Pareciera que la libertad es precisamente para que nuestra vida privada sea privada, la personal personal; y desde luego para ello es, para hacerla posible. Mas sin embargo la vida privada tiene una dimensión pública, la personal social. Votamos con el voto, y votamos con la vida. Disfrutamos en ella de nuestra privacidad, y ejercemos con ella nuestra ciudadanía. No hacer es una manera de hacer. ¿Cómo y qué votamos con la vida? ¿Cómo con ella y desde ella contribuimos a construir la libertad que nos damos, a darnos libertad?

Del para qué de la libertad

Más allá del qué, por qué, cómo y dónde, el para qué de la libertad. Nos remite su pregunta a la de la vida y su sentido y propósito, el de ser lo que podemos llegar a ser, y en definitiva al alma que a lo largo de ella buscamos, encarnamos. Nos remite la libertad a la igualdad y la fraternidad que junto a ella reclamaba la Revolución Francesa. Pues no puede la libertad pensarse sola, en sí misma; sino al tiempo en otras ideas y valores a las y los que necesariamente nos lleva. Ni resulta posible sin pensar y pensarnos como persona, como personas, sentido último de la democracia que nos apunta María Zambrano en *Persona y democracia*. Y de la libertad. Deja paso la razón al corazón, y el pensamiento a la poesía. Corredor estrecho, camino, el de la libertad, que hemos de recorrer todos, y que hemos de recorrer cada uno, cada una; pues en definitiva hacia nosotros y hacia cada uno, cada una nos lleva, puede llevarnos. Y tal constituye su sentido último.

Nadie podrá caminar por nosotros el camino de la libertad, nadie recorrer por nosotros el corredor estrecho; mas difícilmente podremos hacerlo personalmente si socialmente no construimos entre todos un corredor en el que hacerlo, aunque sea estrecho. Tiene así el camino que recorremos con la vida un doble sentido, dirección y propósito: la vivencia, realización y disfrute de nuestra libertad; y la contribución con ella, desde ella, a la construcción y mantenimiento del corredor estrecho en que resulta y la hacemos posible.